

vacilar su mano al desprender el hacha. Cayó la cabeza de la reina. El ayudante del verdugo la cogió de los cabellos, dió vuelta al cadalso, y levantándola con la mano derecha, la enseñó al pueblo. Un grito de *¡Viva la república!* saludó á aquel mudo y ya yerto rostro.

La revolucion se creyó vengada, pero sólo una mancha recaía sobre ella. Esa sangre de mujer empañaba su gloria sin cimentar su libertad. Paris se conmovió ménos por aquella ejecucion que por la del rey. La opinion afectó indiferencia por una de las más odiosas ejecuciones que consternaron la república. El suplicio de una reina y de una extranjera, en medio de un pueblo que la habia adoptado, no obtuvo la recompensa de los fines trágicos: los remordimientos y la compasion de un reino.

XXV

Así murió aquella reina, frívola en la prosperidad, sublime en el infortunio, intrépida en el cadalso, ídolo de una corte diezmada por el pueblo, durante mucho tiempo el cariño, despues el ciego consejo de la corona, y más tarde el personal enemigo de la revolucion. La reina no supo prever, ni comprender, ni aceptar esta revolucion; sólo supo irritarla y temerla. El pueblo la hizo blanco de toda su ira contra el antiguo régimen. Personificó en ella todos sus escándalos y todas las traiciones de las cortes. Dueña de su esposo por su belleza y por su valor, le envolvió en su impopularidad, y con su amor le arrastró á su ruina. Su vacilante política, que se amoldaba á las impresiones del momento, ya tímida como la retirada, ya temeraria como la victoria, no supo ni avanzar ni retroceder á tiempo, y degeneró en intrigas con la emigracion y con el extranjero. Favorita encantadora y peligrosa de una envejecida monarquía, careció del respeto, antiguo prestigio de la corona, y de la popularidad, prestigio del nuevo reinado. Su mision fué sólo admirar, extraviar y morir. La poca firmeza de su alma la excusa, la hace inocente la admiración de su hermosura y juventud, y la ennoblece la grandeza de su valor. No se la puede juzgar sobre un cadalso; condolerse es juzgarla. Pertenece al número de esos recuerdos que desarman la severidad política del historiador; recuerdo que se evoca con piedad y que no se juzga, como debe juzgarse á las mujeres, sino con lágrimas.

La historia, cualquiera que su opinion sea, regará este suceso con abundantes lágrimas. ¡Sola contra todos, inocente por su sexo, sagrada por su título de madre, una mujer indefensa, inmolada en tierra extranjera por un pueblo que nada perdona á la juventud, á la belleza, al vértigo de la adoracion! Llamada por un pueblo para ocupar un trono, este pueblo ni áun le concede una tumba. En el registro de los entierros comunes de la Magdalena se lee lo siguiente: *Por el ataúd de la viuda de Capeto, 7 francos.*

Hé aquí el resumen de una vida de reina y de esas enormes sumas gastadas durante todo un reinado por la esplendidez en los placeres y las generosidades de una mujer dueña de Versalles, Saint-Cloud y Trianon. Cuando la Providencia quiere hablar á los hombres con la ruda elocuencia de las vicisitudes reales, dice más con un solo signo que Séneca y Bossuet con sus magníficos discursos, é imprime una vil cifra en el registro de un sepulturero.

LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Sesion del 3 de Octubre de 1793 en la Convencion.—Informe de Amar.—Decreto de acusacion de los girondinos.—Los setenta y tres diputados de la Llanura son declarados sospechosos y puestos en prision.—Causa de los veintin girondinos.—Su condenacion.—Su última comida.—Su ejecucion.—Juicio del partido girondino.

I

La relacion del proceso y de la muerte de María Antonieta, que no hemos querido interrumpir, nos obliga á volver algunas semanas atras, hasta el 3 de Octubre, para seguir el destino de los girondinos.

Desde el 2 de Junio, fecha de su caída y de la prision de sus principales oradores, los girondinos eran objeto del resentimiento del pueblo de Paris, más sediento que harto de venganzas. El comité de seguridad general encargó á Amar, uno de sus más implacables miembros, que entregase al tribunal á los principales jefes de este partido, que habian sido presos el 31 de Mayo, y que decretase la acusacion de los setenta y tres diputados del centro, sospechosos de complicidad moral con la Gironda, y que habian protestado el 6 y 19 de Junio, por medio de un acto valiente y público, contra la violencia del pueblo y contra la mutilacion de la Representacion nacional. Un profundo misterio envolvió esta medida del comité de seguridad general, que obró como el tribunal de los Diez en Venecia, asegurando con el disimulo y el silencio las víctimas que temia se le escapasen.

II

El 3 de Octubre, en una de esas espléndidas mañanas del otoño que parecen convidar á los hombres con la serenidad del cielo á la libre contemplacion de los últimos dias de la hermosa estacion que va á morir, los setenta y tres diputados del centro, resto amenazado siempre y siempre inquieto del partido de Roland, de Vergniaud y de Brissot, fueron á la Convencion para la sesion de aquel dia, quedando admirados del aparato inusitado de fuerza armada que habia alrededor de las Tullerías. En el recinto del salon, las tribunas frecuentadas por el pueblo, y en donde asistia á sus negocios, estaban más concurridas que de ordinario. Una sorda agitacion, una esperanza impaciente se traslucia en las conversaciones, en los movimientos y en las fisonomías de los espectadores. Un peso invisible de ansiedad parecia gravitar sobre los diputados, que iban ocupando lentamente sus puestos. Se hubiera dicho que la Montaña y el pueblo habian recibido la siniestra con-

fidencia de la escena trágica que se preparaba. Los setenta y tres miraban sin comprender, y se preguntaban, sin poderse responder, qué nuevo acto de tiranía había traspasado aquella noche del seno del comité.

III

Un diputado de la Montaña bajó de su banco, subió á la tribuna y anunció que el relator del comité de seguridad general, Amar, vendría muy pronto á dar su informe sobre los girondinos presos desde el 8 de Junio. Este diputado, para calmar la impaciencia de los espectadores, mostró con sus acciones y hojeó rápidamente los documentos auténticos de este informe, depositados con anticipación sobre la tribuna y que contenían la vida ó la muerte ilegible aún de tantos proscritos. En seguida compareció Amar. Era éste uno de esos hombres de carácter moderado cuando los tiempos son tranquilos y cuando no hay peligro en serlo, pero que tratan de desmentir su moderación pasada por medio de la violencia cuando llega la época del trastorno y de la efervescencia de las pasiones populares. Amar, antiguo noble del parlamento de Grenoble, había combatido en un principio á la Montaña. Esforzábese después por aplacarla, presentándole culpables que castigar para apartar de sí las sospechas y los resentimientos. Su informe extenso y calumnioso, resumen de todos los rumores contradictorios esparcidos contra los girondinos por sus enemigos, concluía:

1.º Por declarar culpables de conspiración contra la unidad é indivisibilidad de la república á los diputados Brissot, Vergniaud, Gensonné, Lauze de Perret, Carra, Mollevault, Gardien, Dufliche-Valazé, Vallée, Duprat, Sillery, Condorcet, Fauchet, Pontecoulant, Ducos, Boyer-Fonfrede, Lasource, Lesterpt-Beauvais, Isnard, Duchastel, Duval, Deverité, Mainvielle, Delahaye, Bonnet, Lacaze, Mazuyer, Savary, Hardy, Lehardy, Boileau, Rouyer, Antiboul, Bresson, Noël, Cous-tard, Andrei (de la Corse), Grangeneuve, Vigée, y en fin, Felipe Igualdad, ántes duque de Orleans, olvidado por un momento, pedido nominalmente por Billaud-Varenes y concedido por unanimidad.

2.º Por declarar traidores á la patria, en conformidad de un decreto anterior del mes de Julio, á los diputados girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Gorsas, Lanjuinais, Salles, Louvet, Bergoing, Petion, Guadet, Chasset, Cambon, Libon, Valady, Kervelegan, Henri Lariviere, Rabaut Saint-Etienne, Lesage, Cussy, Meilhan y Broteau.

El relator suspendió un momento la lectura de sus conclusiones después de estos dos artículos. Los miembros del centro, cómplices en la política de los diputados de la Gironda aprisionados ó proscritos, respiraron, creyéndose olvidados ó amnistiados. Nada les había revelado en las confidencias de sus colegas de los comités que la cuchilla estuviese suspendida y tan próxima á caer sobre sus cabezas. Resignábanse con dolor á la proscripción ó al suplicio de los jefes de una opinión que no podían salvar, y trataban de ocultarse y de confundirse en los sitios más oscuros de la Convención, mudos por temor de que el pueblo al oír hablar de ellos se acordase de que le habían ofendido y de que aún vivían. A las primeras frases del informe de Amar, algunos se deslizaron furtivamente fuera del recinto, temiendo por un presentimiento vago que la inmensa red de la acusación

tendida por el órgano del comité de seguridad general llegase hasta ellos y los envolviese en sus mismos bancos; otros permanecieron en sus puestos, felicitándose interiormente de no haber provocado sospechas. Esta ilusión no duró más que algunos momentos. Amar volvió á coger con mano implacable los pliegos de la segunda parte de su informe; pero ántes de leer pidió que se cerrasen las puertas del salón por un decreto instantáneo, y que nadie pudiera salir ni aún de las tribunas. Los sospechosos votaron como los demás este decreto inesperado, por aparentar que no les causaba temor. Amar prosiguió. «Aquellos—dijo—de los signatarios de las protestas del 6 y 19 de Junio último (contra el 31 de Mayo, expulsión de los girondinos) que no han sido entregados al tribunal revolucionario,



La reina y los sacerdotes.—Pág. 130.

serán puestos en prisión y sellados sus papeles. Con respecto á éstos, se redactará un informe particular por el comité de seguridad general».

Entonces empezó á leer los nombres de los setenta y tres diputados. Un largo silencio sucedía á cada nombre que pronunciaba, dejando por un momento en el alma de todos la esperanza de ser omitidos, ó el terror de ser nombrados. Hé aquí los que oyeron el decreto nominal de su proscripción inmediata y de su próxima muerte de los labios de Amar: Cazeneuve, Laplaigne, Chasset, Defermon, Rouault, Girault, Chastelin, Dugué-d'Assé, Lebreton, Dussaulx, Couppé, Saurine, Queinnet, Salmon, Lacaze (mayor), Corbel, Guiter, Ferroux, Bailleul, Ruault, Obelin, Babey, Blad, Maise, Peyre, Bohan, Fleury, Vernier, Grenot, Amyon, Laurenceot, Jarry, Rabaut, Fayolle, Aubry, Ribereau, Derazey, Mazuyer (de Saone-et-Loire), Vallée, Lefebvre, Olivier Gerente, Royer, Duprat, Garithe, Devilleville, Varlet, Dubuse, Savary, Blanqui, Massa, Debray-Doublet, Delamarre, Faure, Hecquet, Deschamps, Lefebvre (del Sena Inferior), Serre, Laurence, Saladin, Mereier, Daunou, Peries,

Vincent, Tournier, Rouzet, Blaux, Blaviel, Marboz, Estadenz, Bresson (de los Vosgos), Moysset, Saint-Prix, y Gamon.

El decreto de acusacion fué aprobado sin discusion. Algunos de los diputados designados quisieron reclamar, pero la impaciencia ahogó sus voces, y se reunieron en silencio, como un rebaño destinado á la carnicería, en el estrecho espacio de la barra. Varios miembros de la Montaña pidieron con animosidad la inclusion de los nombres de sus enemigos en la lista de los proscritos. A la conclusion de esta larga sesion llevaron á los diputados designados á las cárceles de Paris, y la mayor parte á la de la Fuerza.

Pidióse entonces á gritos que su juicio se celebrase con él de los girondinos entregados al tribunal revolucionario. Este juicio era la muerte. Robespierre empleó, con más valor que el que mostró en defender á tantas otras víctimas, su influencia para librarlos del cadalso, no temiendo resistir á los clamores del pueblo ni importunar á sus colegas en los comités para sustraer sus setenta y tres colegas á la impaciencia de sus enemigos. El porvenir ha mostrado que él los reservaba como un contrapeso á la omnipotencia de la Montaña para el momento en que dominase solo sobre la Convencion. Este testimonio le fué dado despues por los mismos que creian ver en él el instigador secreto de su proscripcion. El diputado girondino Blanqui, uno de los setenta y tres presos en la Fuerza, habia tenido relaciones personales con Robespierre en el comité de instruccion pública. Este le escribió quejándose del trato indigno que se les hacia sufrir, tanto á él como á sus colegas, en los calabozos, y afeándole la mutilacion violenta de la Representacion nacional. Robespierre osó responder á Blanqui, pero lo hizo en términos vagos y oscuros, que dejaban entrever sentimientos de humanidad, esperanzas de libertad y promesas de proteccion oculta, que se realizarian despues en beneficio de todos aquellos presos. Blanqui y sus compañeros de prision comprendieron por estos síntomas que su proscripcion era más bien una concesion que una incitacion de Robespierre, y que queria atraérselos por el reconocimiento para que le sirviesen en sus ulteriores planes. En cuanto á los diputados encarcelados desde el 31 de Mayo, su suerte acababa de decidirse por la boea de Amar. Ellos la podian presentir hacia mucho tiempo. La Montaña al principio, satisfecha de su victoria, y Danton y Robespierre, avergonzados de unos asesinatos odiosos é impolíticos, se habian esforzado en vano para hacerlos olvidar. No se levantaba un cadalso en Paris sin que la multitud preguntase por qué no subian á él los girondinos. El comité de salud pública temblaba dejar por más tiempo á disposicion de los montañeses y de los exaltados del ayuntamiento un arma tan terrible para él, y que tanto mal podia hacerle, como el ser acusado de debilidad. Los jacobinos habian arrancado á los girondinos la cabeza de Luis XVI; la demagogia de Hebert, de Pache y de Audouin intimaba á los jacobinos que diesen á la república en prendas y como prueba de su energía las veintiuna cabezas de sus colegas. Robespierre cedió á su pesar. Garat, ministro aún del Interior, fué á suplicarle que salvarse á los presos. «No me hableis más de ellos,—dijo Robespierre;—yo mismo no podria salvarlos. Hay dias en la revolucion en que el crimen consiste en vivir, y en que es menester saber entregar la cabeza cuando os la pidan. Tambien puede ser que me pidan la mia,—añadió llevando las manos á sus cabellos, como un hombre que coge un fardo de encima de sus hombros

para arrojarlo al suelo.— Vos vereis si yo la disputo.» Garat se retiró consternado.

IV

Como se ha visto en el curso de esta narracion, Vergniaud, Gensonné, Ducos, Fonfrede, Valazé, Carra, Fauchet, Lasource, Sillery, Gorsas y sus colegas permanecian presos voluntariamente en Paris. Condorcet se habia sustraído á tiempo á las pesquisas del ayuntamiento y al decreto de acusacion lanzado contra él.

Roland se habia refugiado y ocultado en las cercanías de Rouen despues de la prision de su esposa. Brissot, á quien la opinion pública consideraba como el jefe de esta faccion porque él habia sido su publicista y porque le habia dado nombre, se habia prevenido contra la orden de prision por la fuga. En Chartres, su patria, no encontró ningun amigo, y salió de la ciudad solo, á pié, con un traje prestado, con intento de dirigirse á traves de los campos y por caminos extraviados hacia las fronteras de Suiza ó hacia los departamentos del Mediodía. Provisto de un pasaporte falso, Brissot erró, sin ser conocido, por gran parte de Francia, comiendo y durmiendo en las cabañas de los pastores, volviendo por el dia á proseguir su camino por medio de unos campos cubiertos en aquel momento de la más brillante vegetacion. Este hombre volvia á encontrar, al aspecto de un cielo despejado, de unos campos esmaltados de flores y de los solitarios bosques situados á orillas del Loire, aquella pasion por la naturaleza y aquella aficion por la soledad que las tempestades políticas no habian podido alterar en su alma, y de las que el destino parecia querer privarle para siempre. En Moulins fué reconocido y preso, y con trabajo pudo escapar del furor de los jacobinos de aquella ciudad. Conducido á Paris en medio de mil imprecaciones y mil gritos de muerte, le habian arrojado á los calabozos de la Abadía, en donde se consumia hacia ya cinco meses.

V

El cautiverio de los demas girondinos presos despues del 31 de Mayo habia seguido, en su indulgencia ó en sus rigores, las oscilaciones de la opinion pública. Dulce en un principio, avergonzado de sí mismo, y por decirlo así, nominal, se habia limitado aquel encierro á un confinamiento de los detenidos en sus propias habitaciones, bajo la vigilancia de un gendarme. Las ocasiones de evadirse eran frecuentes y fáciles. Reunidos con sus familias, visitados por sus amigos, servidos por sus criados, provistos de oro y de pasaportes falsos, parecia que se les habia dejado con tan inusitada lenidad en disposicion y aún en libertad de emprender la fuga. Causábanle á la Montaña más embarazo que envidia aquellas víctimas; pero despues de los desastres del ejército del Norte, de los sucesos de la Vendée, de las insurrecciones del Calvados, de Marsella, de Lyon y de Toulon; despues de la proclamacion del *terror*, del juicio de Custine, del suplicio de la reina y de la ley sobre los sospechosos, los girondinos eran tratados con más rigor. Se les habia puesto en la Abadía, despues en el Luxemburgo y luégo en los Carmelitas, reunidos por el mismo crimen y agrupados para sufrir la misma suerte. Por mucho tiempo confundidos con los sospechosos de realismo ó de federalismo, los girondinos se habian hallado asociados por la casualidad, vengadora ciega de los vence-

dores y de los vencidos, con las víctimas de su política, esto es, con los vencidos del 10 de Agosto, con los amigos de Lafayette y de Dumouriez, con los servidores del trono, con los moderadores de la revolución, con los nobles, con los sacerdotes, con los magistrados, con Barnave, con Bailly y con Malesherbes. La neutralidad de los calabozos había hecho que todos aquellos hombres, tan distantes en ideas, se reuniesen para hablar, jugar ó matar el tiempo del mejor modo posible. ¡Lección provechosa de todas las revueltas civiles! Ellos se vieron y se hablaron unos á otros, no sin extrañeza, pero sí sin recriminaciones ni rencores. La misma adversidad común hacía que todos se disculpasen mutuamente respecto al partido que cada uno había abrazado.

Todos los girondinos, inflexibles en su republicanismo, conservaban la actitud revolucionaria de su primera naturaleza, no afectando arrepentimiento en sus opiniones ni humillación por su caída. Se confundían con la Convención en todos sus actos de energía patriótica y de severidad contra los realistas, separándose de ella en lo que ellos llamaban su esclavitud y sus crímenes. En la prisión formaban una sociedad aparte y un grupo distinto, que no era un rompimiento, pero sí un cisma en la república. Sus nombres, su celebridad, su juventud y su elocuencia inspiraban curiosidad á sus enemigos, respeto á los presos y atenciones aún á sus carceleros. Algo de su carácter de representantes del pueblo, de su prestigio y de su poder les había seguido hasta los calabozos. Aunque cautivos, reinaban todavía por la memoria ó por la admiración que les rodeaba.

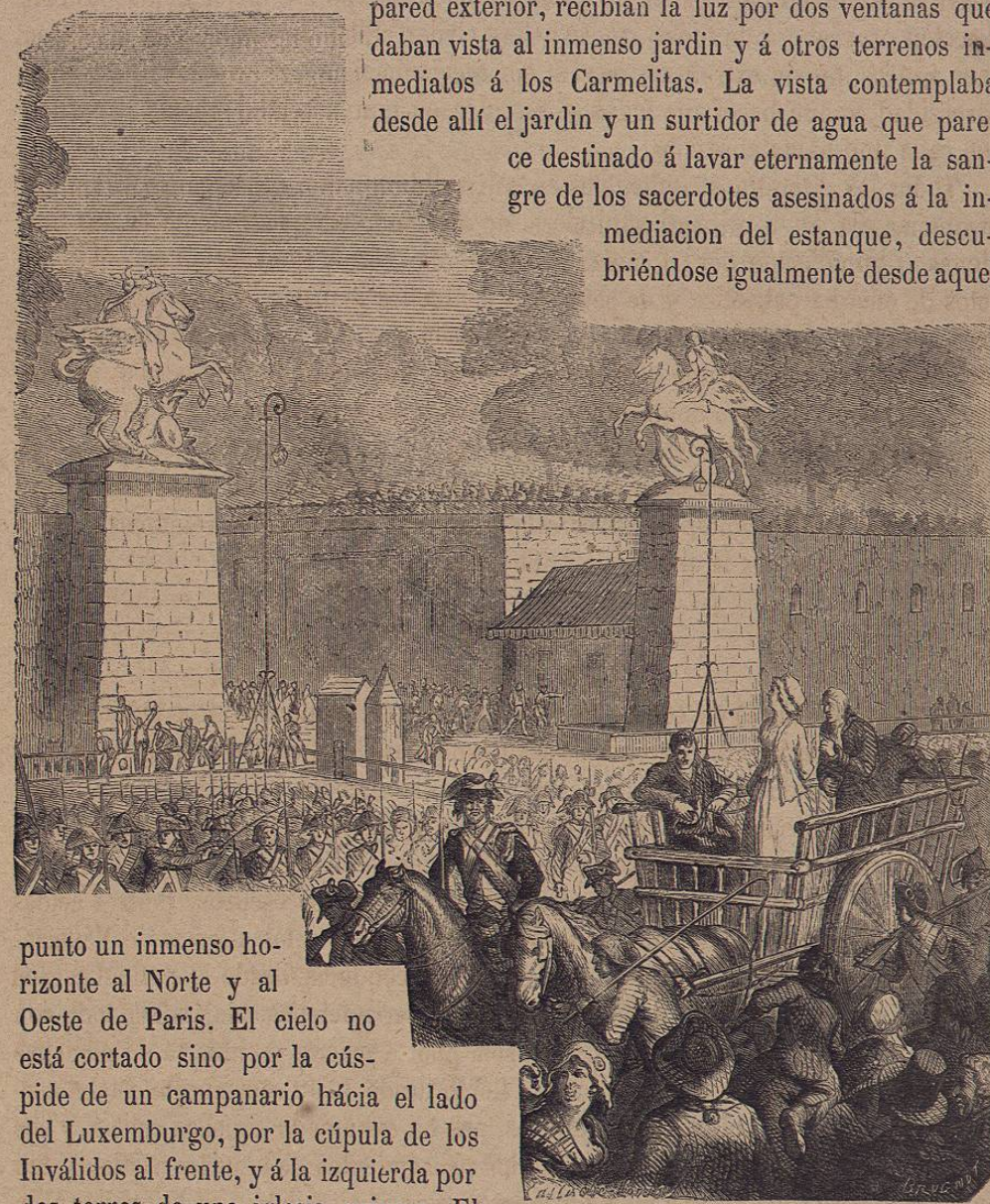
VI

Cuando se decidió su causa, se estrechó más este cautiverio. Por algunos días se les encerró en la inmensa casa de los Carmelitas de la calle de Vaugirard, monasterio convertido en cárcel, siniestro por los recuerdos y por las manchas de sangre de los asesinatos de Setiembre. Los pisos inferiores de esta cárcel, ya atestados de presos, no les dejaban á los girondinos sino un reducido espacio bajo el tejado del antiguo convento, compuesto de un corredor oscuro y de tres celdas bajas que se comunicaban unas con otras, y semejantes á los *plomos* de Venecia. Una escalera oculta en una esquina del edificio conducía desde el patio hasta el tejado. En esta escalera se habían hecho varias separaciones, atajándola toda con puertas para hacer más calabozos. Una sola puerta maciza y cubierta de planchas de hierro daba entrada á estos cuartos. Como desde 1793 esta puerta estaba cerrada, y como se ha abierto para nosotros, nos ha exhumado aquellas celdas, y nos ha representado la imagen y recordado los pensamientos de aquellas víctimas, tan intactos como el día en que ellos los dejaron para ir al cadalso. Ni la huella, ni la mano, ni las injurias del tiempo, han borrado allí sus vestigios. Los letreros escritos por los demás proscritos se encuentran confundidos con los de los girondinos. Los nombres de los amigos y de los enemigos, los de los verdugos y los de las víctimas, están reunidos en un mismo lienzo de pared.

VII

Encima del dintel de la puerta se lee desde luego en letras de molde la inscripción de todos los monumentos públicos de aquel tiempo: *La libertad, la igual-*

dad ó la muerte. Se entra en seguida en una celda bastante grande que servía de sala común, y en la cual los presos se reunían á hablar y á comer. A la izquierda hay una pequeña buhardilla oscura en la que dormían los más jóvenes. A la derecha había una puerta que daba á un cuarto piso, más grande que el primero y que servía de dormitorio común. Estos dos cuartos, abuhardillados por el lado de la pared exterior, recibían la luz por dos ventanas que daban vista al inmenso jardín y á otros terrenos inmediatos á los Carmelitas. La vista contemplaba desde allí el jardín y un surtidor de agua que parece destinado á lavar eternamente la sangre de los sacerdotes asesinados á la intermediación del estanque, descubriéndose igualmente desde aquel



La reina conducida al cadalso.—Pág. 132.

punto un inmenso horizonte al Norte y al Oeste de París. El cielo no está cortado sino por la cúspide de un campanario hácia el lado del Luxemburgo, por la cúpula de los Inválidos al frente, y á la izquierda por dos torres de una iglesia ruinosa. El día, la luz, el silencio, la serenidad de este horizonte, entraban á torrentes en aquellos elevados cuartos y ofrecían á los presos la imagen del campo, las ilusiones de la libertad y la calma de la meditación. Las paredes y el techo de estos cuartos, blanqueados con una argamasa grosera, proporcionaban á los presos, en vez de papel, cuyo uso les estaba prohibido desde que fueron trasladados allí, páginas lapidarias sobre las cuales podían grabar sus últimos pensamientos con las puntas de los cuchillos, ó escribirlos con el pincel. Estos pensamientos, gene-